



RESEÑA DE / REVIEW OF

Obligado, Clara (ed) (2022). Atlas de literatura latinoamericana (Arquitectura inestable).

Madrid: Nórdica Libros. 222 pp.

SONIA RICO ALONSO  
Universidade da Coruña  
sonia.rico.alonso@udc.es

 0000-0001-6200-0901  
Recibido: 19/03/2023  
Aceptado: 18/04/2023

No es frecuente que un libro de carácter divulgativo (ilustrado, además) sea reseñado en una revista científica. No es este el espacio para discutir los porqués de ello, pero sí lo es para destacar una obra que merece ser reseñada en cualquier medio, sea o no académico. Se trata de *Atlas de literatura latinoamericana. (Arquitectura inestable)* (Nórdica, 2022), creación polifónica, coordinada por la escritora argentina Clara Obligado, en la que un conjunto de escritores y especialistas presenta una selección de plumas latinoamericanas que merece la pena conocer y leer. Sencillamente, este atlas muestra qué leen los escritores de hoy en día o, dicho de otro modo, qué autor latinoamericano les resulta imprescindible en su biografía lectora. Como decimos, la idea parece simple, aunque, como señalaba Valéry, “todo lo sencillo es falso. Todo lo complejo es inusable” (10)<sup>1</sup>, cita que se incluye en el prólogo a la obra y que no puede resultar más apropiada.

En primer lugar, porque esto es una propuesta anticanon, en la que no hay espacio explícito para los grandes nombres de la literatura hispanoamericana, asociados, en buena medida, al fenómeno del *boom*, fenómeno que no solo encumbró a sus protagonistas en detrimento de quienes no participaron de él, sino que también sentó la desacertada idea de que la literatura hispanoamericana nace con él. Este atlas busca ampliar la mirada y ver más allá no solo del *boom*, sino del propio siglo XX y de la autoría masculina. Así, no es tanto que Cortázar, García Márquez o Fuentes no estén presentes como que lo están de otro modo, de manera subyacente, en diálogo permanente con los textos de quienes sí constan. Ningún lector, pues, debiera poner el foco en la ausencia de estas figuras o caer en la idea superficial de que se rechaza a

<sup>1</sup> Todas las citas proceden del propio volumen reseñado, de ahí que solo se indique la página.

los autores canonizados. El foco precisamente está puesto en iluminar aquellas otras zonas que la alargada sombra del *boom* ha relegado a la oscuridad e invitar al lector a conocerlas.

En total, el *Atlas* se compone de cincuenta entradas agrupadas por países, redactadas por cuarenta y siete autores (solo repiten Federico Falco, Fernanda Trías y Violeta Rojo). La mayoría de ellos escogieron al escritor sobre el que trataron, si bien la propia Obligado (11) señala algunos encargos: Silvina Ocampo vista por Mariana Enríquez o Roberto Bolaño por Andrés Neuman.

Esta breve descripción de la composición de la obra suma otros motivos para desmontar su aparente simpleza. Por ejemplo, en referencia a los países representados, Haití queda excluido por poseer el francés como lengua materna y, sin embargo, Brasil tiene una mínima presencia. En la presentación para la prensa del *Atlas*, Obligado declaraba que, como responsable de la obra, dejar fuera a Brasil le parecía impensable y, así, aunque de forma escueta –apenas dos autores, Juan Cárdenas y Clarice Lispector–, está presente. También puede ser discutido el criterio para asignar la cantidad de autores por país, ya que no es su extensión geográfica o su población los factores que lo han determinado, sino que, según la editora en la presentación, tuvo mucho peso la mera intuición, la percepción personal de la potencia de la literatura de cada uno de los estados representados. Eso explica que Cuba esté representada por cuatro escritores, igual que Chile, Colombia, Perú o Venezuela, de tamaño y población mayores. Incluso la presencia en este libro de Clarice Lispector o Leonora Carrington, de origen ucraniano y británico, respectivamente, podría dar que hablar. En definitiva, son precisamente estas decisiones las que dotan de complejidad al libro y las que, de forma premeditada, aportan una cartografía dinámica, fluida y abierta, en apariencia, lejana de lo que sería un atlas convencional, caracterizado por su estatismo. Con ello se revela que la literatura latinoamericana es un ente vivo y que, en forma de atlas, no solo describe un panorama, sino que “es, también, un itinerario de libros, pero es un camino mudable, porque la literatura se caracteriza por un asentarse complejo en el territorio, por un movimiento perpetuo” (10). Bajo esta concepción, se explican las ausencias, las presencias, las decisiones controvertidas, el debate, en suma; y se reivindica que, ante todo, la literatura es una fuente subjetiva de placer. Mención aparte merece la exclusión de la literatura en lenguas originarias, decisión justificada por la dificultad evidente de la tarea y también por la negativa firme a introducirla en forma de apéndice, fuera, por tanto, del cuerpo del libro, con las implicaciones ideológicas consecuentes.

De forma específica, los textos que componen el volumen se caracterizan por ser breves y por tener un carácter muy personal. En ningún caso el lector se encuentra ante un texto académico, ni siquiera en aquellos cuyo autor es un especialista, sino que cada entrada constituye el comentario de un lector admirador en primera persona que quiere reivindicar al escritor escogido. Por esa razón, las entradas son heterogéneas, hasta el punto de que algunas constituyen verdaderos textos literarios (la de Juan Carlos Méndez Guédez sobre Elizabeth Schön, por ejemplo); otras se centran en comentar algunos textos concretos (Federico Falco sobre Antonio di Benedetto o Mónica Albizúrez sobre Carmen Lyra), y otras en trazar un perfil del autor (Rodrigo Fuentes sobre Luis de Lión o Florencia del Campo sobre Clarice

Lispector). En cualquier caso, estamos ante impresiones de lectores sorprendidos por la potencia que emana de las páginas de ciertos autores, autores que, además, conforman un grupo bastante paritario, hecho que refleja una voluntad por no hacer de la literatura escrita por mujeres una excepción. Así, de los cincuenta escritores comentados, veinte son mujeres y treinta varones, de la misma manera que, entre los cuarenta y siete autores del *Atlas*, hay veintiséis mujeres y veintiún hombres. En el conjunto, aunque haya ausencias notables que ya comentamos, hay espacio para figuras canónicas, como Gabriela Mistral o José Lezama Lima, pero, sobre todo, hay hueco para autores de los habitualmente llamados *raros*, aquellos casi desconocidos fuera de sus países o que no han encajado en la estética predominante.

Asimismo, el *Atlas* no se centra exclusivamente en el siglo XX, sino que aporta cierta visión histórica, con la intención de afianzar la idea de que antes del *boom* existía la literatura latinoamericana. La presencia del Inca Garcilaso de la Vega, de José Hernández, de Adela Zamudio, de José Eustasio Rivera o de la propia Mistral es muestra de una tradición sólida y compleja, que, además, no se restringe al género novelesco. En el *Atlas* están representados otros géneros menos asociados a Latinoamérica, entre los que goza de protagonismo uno de los mal llamados *menores*: el cuento, género que, por otra parte, es precisamente en la literatura latinoamericana donde ha hallado las más excelsas manifestaciones.

Por otra parte, entre las cincuenta entradas que componen el *Atlas*, se intercalan dos textos que contribuyen a vertebrar la obra: “Las mujeres del *boom*” y “El viaje”, escritos, respectivamente, por los especialistas Ana Gallego Cuiñas y Armando Victorio Minguzzi. Estos dos textos apuntalan dos elementos clave de la propuesta de este *Atlas*: el protagonismo de la mujer y la idea de que el viaje es, en buena medida, un elemento identitario del escritor latinoamericano. Se hace necesario destacar un matiz importante: con las mujeres del *boom*, Gallego Cuiñas no se refiere a las escritoras, sino a las esposas y agentes que posibilitaron el éxito de los hombres del *boom*.

Como se ha indicado en la primera línea de esta reseña el *Atlas de literatura latinoamericana* es un libro ilustrado y, como tal, la parte plástica soporta la mitad del peso de esta obra, cuyo impacto visual es tremendo. Su responsable, el ilustrador argentino Agustín Comotto, declaró en la presentación del *Atlas* que fue un trabajo complejo, en que tuvo que poner imagen a los textos de cuarenta y siete autores, que, además, trataban sobre cincuenta escritores. Ello implica diseñar una imagen que no solo refleje el texto como creación individual, sino también el tema sobre el que versa, pasando por su propia estética como creador. Por todo ello, se percibe cierta aleatoriedad en las imágenes: algunas son un retrato del autor sobre el que se habla (Gabriela Mistral o Elena Garro), otras son más sugerentes y plasman la impresión que el autor tiene de la obra del escritor, algún episodio determinante y simbólico de su vida... A pesar de esta heterogeneidad, la parte plástica del *Atlas* se percibe coherente gracias a la gama cromática (rojo, negro y blanco), a la estética inconfundible del autor y a la potente carga semántica de las ilustraciones, que no acompañan al texto, sino que lo complementan para conformar una unidad. Mención aparte merece el diseño de la cubierta (una mata de árboles idénticos, entre los que surgen bloques de edificios). Con ella, se quiebra la imagen de selva y exuberancia

natural que el *boom* contribuyó a establecer como rasgo intrínseco de la literatura latinoamericana: el bosque es penetrado por unas arquitecturas extrañas, ajenas, que existen también como los sólidos árboles.

En definitiva, son esas literaturas *otras* con las que esta cartografía pretende ensanchar la visión que el lector posee de la literatura de un continente. De modo que, llegados a este punto, solo podemos recomendar la lectura de este particular *Atlas*, invitar a su disfrute y destacar el esfuerzo y la valentía de la editorial, la coordinadora y sus autores por hacer ver que la literatura no es un listado cerrado de nombres y obras, sino una realidad dinámica, fluida, dialogante, una arquitectura inestable.